

la esperanza, de alguno de sus apoyos. En estos casos no hai precaucion excesiva ni prevision excusada.

## §. XVII.

## CONTINUACION.—LA REVOLUCION DE INDEPENDENCIA.

Si quisiésemos encontrar el primer origen de nuestros partidos políticos, y sobre todo, descubrir las causas de los vicios que todos ellos tienen, no andariamos tal vez desacertados en dirigir nuestra atencion y reflexionar maduramente sobre los elementos combinados que hicieron estallar en México la revolucion de Dolores. Toda revolucion política presupone un pensamiento del mismo género, y todo pensamiento de estos encierra por necesidad tres cosas que nunca pueden faltarle, motivos, medios y fines. A veces los motivos consisten en ese noble estímulo que el alma siente cuando convicciones arraigadas y profundas la sacan de la pasibilidad de un orden simplemente especulativo al teatro de la vida práctica: á veces la accion es impulsada ménos por las convicciones que por los intereses, y esto sucede siempre que fines particulares, y no miras nobles y grandiosas, sirv en debase á la conducta pública de los hombres. Mas como los intereses, lo mismo que la justicia, tienen sus principios y su lógica, nadie se mueve á obrar sin invocar razones y derechos. Los medios siguen de ordinario el carácter de los motivos, y los fines muy raras veces dejan de afectarse de éstos y de aquellos.

Examinando á la luz de esta verdad la revolucion de 1810, sorprendemos, al través de todos los movimientos generosos del patriotismo, y de ese bello colorido que la elocuencia encomiástica no ha dejado nunca de emplear para formar el interesante cuadro de aquella época y sus hombres mas notables, un error que, á primera vista, podria parecer insignificante, pero que, por lei de forzosa consecuencia, debia traer consigo un cúmulo de males. En materia de ciencia moral, social y política, puede asegurarse que todo error importa un vicio, y todo vicio trae consigo un desorden. El error, sustituyendo á la verdad de los principios, debilita la base; el vicio, caracterizando los medios, introduce los elementos de ruina en la construccion misma del edificio social, y el desorden, re-

presentado en los resultados, y haciéndose cada día mas y mas difícil de remedio, pone de manifiesto la inutilidad de todo.

¿Cuál es este error depositado como un elemento mortífero en el fondo de aquella revolucion memorable que iniciaron con tanto denuedo, y sostuvieron con tanta constancia y á costa de tantos sacrificios, sus célebres caudillos? ¿Acaso el de hacer independiente á su patria? Léjos de nosotros esta monstruosa idea: la independencia era el fin de aquel movimiento, pero no su principio: la independencia, objeto grande, justo, digno bajo todos respectos de una nacion illustre, debia ser el resultado de todo; mas como para realizarla fuese preciso conmover todo el conjunto de la sociedad, el pensamiento de esta conmocion, el principio para justificarla y el sistema de medios para la realizacion de su objeto no debieron ciertamente identificarse con el fin. ¿Cuál fué, repetimos, el error? motivar la independencia con la conquista en vez de justificarla con el estado de la sociedad. La simple conquista de México no podia ciertamente servir de apoyo al movimiento de Dolores sin precipitar cuestiones casi insolubles en la filosofia de la historia y en las mas elevadas regiones de la ciencia política, y traer con estas cuestiones dificultades de alto carácter, que no pudiendo ceder al simple impulso de un movimiento reaccionario, ni desaparecer bajo el influjo de la fuerza represiva del Gobierno español, debian reducirse, como de facto sucedió, á trastornarlo todo y causar males de muchos géneros á un pueblo, que, si no se presentaba en la gran categoria de los Estados políticos, gozaba sin duda inestimables bienes de la paz y del orden bajo la garantía de las leyes.

La conquista de México, consumada tres siglos atrás, pudo, recientemente sucedida, servir de principio natural y de noble motivo á los pobladores del Imperio mexicano, porque ellos componian la nacion conquistada, acababan de sufrir los efectos de un despojo de autoridad, y recibian el yugo de una potencia estrangera. Mas, ora fuese porque su impotencia no dió lugar á la reivindicacion de la nacionalidad, ora porque una parte de la poblacion, aceptando los principios y las miras de Cortés y haciendo causa con él, transformase la guerra estrangera en revolucion intestina, formando una mayoría nacional en favor de la conquista y dando un carácter nacional tambien al Gobierno que ella estableció, ora finalmente, porque la circunstancia de haber venido con la conquista el apostolado que introdujo la Religion en las Américas, interesase á todos los mexicanos que habian abrazado el cristianismo en el establecimiento definitivo de un orden político, que protegiendo la causa de la religion y la civilizacion, consumase al fin el triunfo de una y otra



sobre la idolatría y la barbarie, el hecho fué que, pasadas las primeras épocas de la violencia, México reconoció á España y aceptó su dominacion y el Gobierno colonial consiguiente á ella: que este orden de cosas duró mas de dos siglos en tan completa paz, que ni el mando necesitó el uso frecuente de la fuerza represiva, siendo muy de notarse que en tan dilatado tiempo no hubo ejército, ni la obediencia hubo menester, para sostenerse, de otro poder que el influjo de la religion con su moral y el de las costumbres nacionales.

Pero, sea de esto lo que fuere, cuando al cabo de tres siglos se pensó en la independencia, todo habia cambiado, y la conquista, como decíamos poco há, depositada como un hecho histórico en los archivos del tiempo, no podia figurar como un hecho social en el cuadro de nuestras revoluciones.

Hemos dicho que todo habia cambiado, y esto es tan cierto, como más no podia serlo. El primer objeto cambiado fué la sociedad; porque, es preciso decirlo, la Nación era otra, y los elementos de la sociedad eran otros, siendo consiguiente á este grave considerando, que la Revolucion de 1810 no podia fundarse en la conquista de 1521, sin un manifesto absurdo. La Nación era otra, porque los mexicanos por nuestra raza no podemos ser vistos como los descendientes puros de los antiguos pobladores, ni tampoco de los que conquistaron á México. Desde la primera generacion la cuestion de raza debió cambiar la cuestion internacional; porque aquella, participando por igual de conquistadores y conquistados, reconocia como progenitores, digámoslo así, á México y España, y no pudiendo hacer causa comun con el padre contra la madre, ni viceversa, motivos absolutamente diversos debian figurar en un movimiento como el de Dolores. Y si esto debia suceder en la primera generacion, ¿qué deberíamos decir cuando habian pasado tantas cuantas podia traer en su curso el dilatado periodo de tres centurias? Volvemos á decirlo; la Nación que iba á promover su independencia, no era la Nación conquistada, sino otra enteramente nueva. Restos habia, y muy numerosos, de los antiguos pobladores en la pureza de su raza; pero ellos no constituian exclusivamente al pueblo mexicano: vivian juntos con la raza nueva, y, no por principios políticos sino por el estado bien atrasado de su civilizacion, ocupaban en la escala social un grado sumamente inferior á la raza hispano-mexicana. No podian por lo mismo aquellos restos de la raza primitiva reaccionar por sí y para sí, sin romper con sus hermanos, sin violar los derechos de los hijos de México, sin iniciar una guerra estrictamente civil: hemos dicho poco, sin emprender la guerra mas bárbara que se conoce, la de raza, y no la de independencia. Hai más: fuera de la raza, la religion na-

cional diversificaba sustancialmente, lo mismo que el idioma, al pueblo de 1810 respecto del pueblo conquistado, y esta triple diversidad, de raza, de lengua y de culto, era mas que bastante para no assimilar dos épocas tan lejanas, ni confundir dos sociedades tan diversas. Lo repetimos todavía: la Nación era otra, y la independencia no podia figurar sin error como una reaccion contra la conquista.

Mas nadie ignora que el alucinamiento fué tan completo, cuanto mas no cabia; que, fundado el derecho de la revolucion en la injusticia de la conquista, se fabricó en el aire, por no decir otra cosa, que agitados violentamente los principios constitutivos de la nueva sociedad, aquel movimiento político debia ser, por lei de forzosa consecuencia, tan estéril para el bien, como fecundo para el mal. Colocando la revolucion de Dolores frente á la conquista de México, sus caudillos dejaban entre ambas épocas un inmenso vacío para ellos; pero este espacio, que por el error de sus principios eran incapaces de llenar, estaba henchido por el poder colonial, de medios de ataque y defensa: la historia, las tradiciones, los monumentos, el culto, la habla, la trasfusión de las razas, el arraigo doméstico de los españoles, la legislacion, los intereses creados: todo parecia militar de parte del Gobierno; y este inmenso poder tradicional, que no habria podido ser aprovechado en una hipótesis diversa de la de la conquista, sirvió de apoyo á la resistencia vigorosa, que en el trascurso de diez años opuso el Gobierno á la insurreccion, daba cierto color de legalidad á sus procedimientos; y ponía de parte de la autoridad cuanto tenia de mas arraigado y fuerte la colonia. No es esto todo: levantada la bandera, como reaccion contra la conquista, los españoles fueron personalmente enemigos de la revolucion; los indios puros aparecieron como sus legítimos adversarios; los hispano-mexicanos no podian en rigor tomar parte en la guerra, supuesto que estaba motivada en la conquista, porque llevaban en sus venas la sangre española y mexicana. Fué consiguiente á esto el carácter feroz de aquella guerra, los horribles asesinatos, las forzosas represalias, la carnicería, el incendio y la devastacion universal.

Otra desventaja muy grande traia este sistema para la revolucion: concitar contra sí á muchos militares expertos, que hubieran podido ofrecer á tan noble causa el contingente de su espada y de su prestigio; porque, ligados muchos por deber al Gobierno que los habia creado, á las leyes que debian obedecer y al orden que tenían obligación de guardar, se vieron en el caso de combatir la insurreccion, cualesquiera que fuesen por otra parte sus ideas acerca de la



independencia de México. Hé aquí por qué razon muchos de ellos, y entre otros el memorable ITURBIDE, pelearon en defensa del Gobierno español, y fuéron por su pericia, valor y lealtad, el terror de los entónces llamados *insurgentes*.

Sin indicarlo, hemos presentado ya el carácter de los medios al fijar las horrosas é infatigables consecuencias del error de los principios; y probado cómo aquel no faltó á su filiacion, engendrando un vicio al figurar en el teatro de la vida práctica. El resultado de todo no podia ser diverso de tal principio y de tal medio: la desmoralizacion del pueblo, la ruina de multitud de familias, el sacrificio de incontables victimas, y al fin de todo, la subsistencia del Gobierno colonial sobre las ruinas de la revolucion de 1810: hé aquí el triste fruto de los primeros errores.

La cuestion era otra, el punto de partida debia de ser otro, lo mismo que los medios de accion y sus resultados consiguientes. ITURBIDE lo comprendió así: acometió la empresa, y el pabellon de IGUALA, consagrado por la Religion y saludado en el Palacio nacional por españoles, indígenas é hispano-mexicanos, vino á ser una prueba sublime y monumental de que la cuestion de la independenciam se debia fundar en otros principios, partiendo, no de la conquista, sino del estado de la sociedad; mediando, no con la bárbara lucha de dos pueblos hermanos, sino con la feliz combinacion de grandes intereses, y con el noble y discreto reconocimiento de títulos tradicionales, el cual estableciese el orden sin abandonar la historia, ó legalizase con la conducta de la Metrópoli un rompimiento definitivo. Tal fué el pensamiento de ITURBIDE: igual con el de Hidalgo y sus parciales en el objeto final; pero diverso, por no decir absolutamente opuesto, en el principio y en los medios. México era una colonia, y debia serlo, supuesta la historia; mas este carácter no importa la esclavitud, no deroga el derecho: la libertad de las colonias es un derecho reconocido, y el derecho de emanciparse no podia figurar en escala inferior al que tienen los hijos para tomar un estado conforme á su vocacion y bajo el doble requisito de la libertad y la lei. México se hallaba en este caso: idioma, raza, culto, civilizacion, costumbres, relaciones mutuas, propiedades, intereses, extension territorial, ejemplos, tendencias necesarias; todo la llamaba á la independenciam, y todo debia conspirar é realizar ésta, si habia de ser procurada por una razon de estado.

DON AGUSTIN DE ITURBIDE, altamente favorecido por el cielo para concebir un pensamiento salvador, haciendo servir á la realizacion de la independenciam todos estos elementos, sin abrir con un levantamiento nuevo otra carrera de desórdenes, consumió como se ha

visto y todo el mundo sabe, su grande obra, emancipando en su totalidad la colonia de su antigua metrópoli; pero es preciso convenir en que, absorto en su obra misma, ni detuvo su mirada en ciertos restos débiles pero muy peligrosos de lo pasado, ni tuvo bastante fuerza de prevision para comprender el porvenir, ni bastante fuerza de voluntad para salvarle. Tras de sí dejaba dos clases de adversarios, débiles como hemos dicho, para molestarle de pronto; pero que mas tarde podian incorporarse en la sociedad, inoculando en ella su espíritu y destruyendo en algun sentido la obra de Iguala. Estos dos enemigos eran los partidarios intransigibles del Gobierno colonial y ciertos hombres de la primera revuelta, que no pudiendo contrariar á ITURBIDE por la identidad del fin, tampoco dejaron de verle con la desconfianza y el odio que inspiraban al mismo tiempo su hostilidad pasada y sus glorias presentes. Contra este doble peligro no habia mas que un medio, la abnegacion personal del caudillo triunfante, y su decision por el plan que habia proclamado. Mas el hombre, fuerte para instituir la independenciam, no lo fué para conservar el ascendiente que tan inmenso poder debia darle en esta sociedad: el ruido de los cuarteles despertó el entusiasmo facticio del populacho, y el nombre AGUSTIN PRIMERO, sustituyendo al de *héroe de Iguala*, vino á dar un triple golpe, al héroe, á su gloria y á la independenciam misma. Iturbide sobre el trono dió á sus antiguos rivales y á los agraviados españoles un poder que de otra suerte no habrian tenido jamas: los unos veían en el movimiento de Iguala un motivo de ambicion; semejante al denodado proceder del Coronel del Regimiento de Celaya, y los otros una posicion falsa, que podia preludiar la vuelta de la antigua dominacion. Este partido era ya fuerte; pero con una tercera entidad que se le unió, llegó á ser formidable, y al fin irresistible; la de aquellos, y eran muchos, que, de acuerdo en la independenciam sobre las bases con que fué proclamada y los últimos tratados con que fué ratificada en la villa de Córdoba, no podian ser indiferentes á la coronacion de Iturbide, la cual habia venido á echar por tierra las condiciones propias del nuevo estado social, y se pasieron naturalmente contra el hombre de la situacion. El primer partido que se formó contra Iturbide, fué compuesto de tres elementos incombinales para subsistir, pero muy propios para moverse contra un enemigo comun: los republicanos, que detestaban la forma monárquica, los enemigos de la independenciam y los defensores del plan de Iguala y tratados de Córdoba. Este coloso quedaba pues en pié, primero para derribar al imperio, y despues para dividirnos, hasta el extremo de hacer imposible en México una organizacion estable. Tal es, si no nos equi-



vocamos, el primer origen de los partidos, el gérmen de muerte que, trasmitiéndose de padres á hijos, ha traído á la Nación á tan lamentable estado.

Dos hombres que figuraron en nuestra historia como los gefes de dos opuestos bandos, han lamentado igualmente, cada uno á su turno, este triste resultado de la obra del inmortal ITURBIDE. Don Manuel Gomez Pedraza y Don Lucas Alamán. "ITURBIDE," dice el primero en su memorable Manifiesto á la Nación, "que en la adversidad habia sido otro Régulo, no pudo resistir á los ataques de la prosperidad; y aquel hombre que en la campaña imitó á los héroes, en México cayó en las flaquezas mas vulgares." "Sensible es por cierto," dice el segundo en su Historia de México, tom. 5.º, pág. 638, "que con todos estos pasos falsos fuese precipitado á su ruina aquel hombre que tanto hubiera convenido conservar al frente del Gobierno, con un título que lo expusiese ménos á la censura... de esta suerte, (habla del título de regente) concentrada la autoridad en su persona, hubiera podido ejercerla, mas libremente, y no teniendo que ensalzar á todos los individuos de su familia, con títulos extraños, se hubiera excusado el ridículo, que tanta parte tuvo en la caída del imperio."

Hemos visto nacer en el pueblo de Dolores la primera división de los partidos en México, destruirse mediante la feliz combinación del plan de Iguala, reaparecer á causa del disgusto consiguiente al pensamiento y realizacion del imperio; obrar de consuno contra esta primera institucion política de México, hasta derrocarla totalmente, desterrar al EMPERADOR y sacrificarle en Padilla, y separarse luego para obrar sobre la República en el sentido de cada uno. Pero no es esto todo: hai otra cosa, cuyo origen viene del mismo punto, á lo ménos desde la Revolucion de 1821, inauguracion y caída del imperio, la inestabilidad de los gobiernos y frecuencia de las revoluciones. En confirmacion de esta idea, oigamos la opinion de los dos hombres notables que acabamos de citar. "La Revolucion contra ITURBIDE, dice Pedraza, no resultó á placer de los que la promovieron; ella enseñó á los mexicanos la facilidad de destruir el poder existente; ella descubrió los manejos de la sociedad secreta que ambicionaba el mando; ella despertó las pasiones adormecidas hasta entonces; ella inició rivalidades que no se conocian; ella hizo una grangeria del triunfo; ella, en fin, dividió la Nación en bandos, y sembró entre hijos de una misma familia la discordia, tan fecunda en los tiempos posteriores; y todo esto, por qué? porque los que estuvieron al frente, no supieron conducirla." "Por poco que se medite, dice Don Lucas Alamán en su His-

ria citada (tom. 5.º pág. 755,) sobre el curso de la revolucion que hizo bajar del trono imperial á Iturbide, se encontrará en ella una notable semejanza con la que él mismo comenzó dos años ántes en Iguala. En ésta, Iturbide faltando á la confianza que el Conde del Venadito habia depositado en él, entregándole el mando del distrito del Sur y encargándole la conduccion de caudales á Acapulco, vuelve contra el Gobierno las tropas que éste le habia dado, y se hace dueño del dinero que habia puesto bajo su custodia. En aquella, Santa-Anna se apodera de la plaza de que era Gobernador, y Echávarri el amigo de quien Iturbide tenia mas seguridad, proclama el plan de Casa-Mata al frente de las tropas destinadas á reprimir la sedicion. En este plan se protesta, que nada se intenta contra la persona del Emperador, como en el de Iguala se proclamaba el nombre de Fernando VII. Iturbide, como Emperador, emplea para contener el movimiento los mismos medios que el Virrey Apodaca habia usado contra él como Gefes de la revolucion, y en uno y otro caso estos medios son infructuosos: en uno y otro caso la revolucion se propaga rápidamente, declarándose por ella aquellas mismas diputaciones provinciales, aquellos gefes militares que acababan de hacer protestas, al parecer sinceras, de su fidelidad, y en breve la autoridad del Emperador no es reconocida mas que en el recinto de la Capital: la desercion es la misma, iguales los medios de seducion que se emplearon contra la dominacion española y contra la autoridad imperial, y el Emperador es precipitado del trono al cabo de diez meses de ocuparlo, por efecto de los propios desaciertos y del mismo espíritu de novedad que hicieron desplomarse un dominio consolidado por la duracion de tres siglos. Nada á la verdad contribuyó tanto á la ruina imperial como la falta de recursos pecuniarios, los consejos desacertados de las personas que influian sobre Iturbide, el disgusto que sus providencias habian causado en la clase mas respetable de la sociedad, y sobre todo, su elevacion al trono y el ensalzamiento de su familia; pero el instrumento de su ruina fué la falta de fidelidad del ejército, de que él mismo le dió el ejemplo: la leccion habia sido demasiado bien enseñada, para que no fuese bien aprendida y para que no sirviese de funesto antecedente para lo venidero."

El juicio uniforme de estos dos personajes tan célebres en nuestra historia política nos releva de entrar en mas pormenores, para dejar sentado como un hecho incontestable, que las defecciones de la fuerza militar, á las que se debieron el triunfo completo de Iguala, el entronizamiento y la caída de Iturbide, arrastran hácia aquellos



tiempos nuestra consideracion, cuando se trata de explicar las causas de la facilidad con que despues acá se han sucedido las insurrecciones, y de la inestabilidad proverbial de nuestros gobiernos. Es necesario, sin embargo, no detenerse aquí; pues la marcha política de los partidos y el carácter de las contiendas armadas, en la sucesion de los años que miden el periodo de nuestra nacionalidad, no son para pasar sin observarse; pero habiéndonos extendido demasiado, reserváremos estas nuevas reflexiones para el párrafo siguiente.

### § XVIII.

CONTINUACION.—ORÍGEN, PROGRESOS Y ESTADO ACTUAL DE LOS PARTIDOS POLÍTICOS EN MÉXICO.

Hemos visto reunidas contra el Emperador á las parcialidades mas opuestas en principios y en tendencias; porque considerando todas ellas el trono como un obstáculo insuperable para el desarrollo de su accion sobre la sociedad, á todas interesaba igualmente que desapareciese, para dividirse despues el campo y emprender una lucha franca, ya en el terreno de la opinion, ya con el empleo de las armas. Mas no por esto carecian de partidarios Iturbide y el imperio: raro fenómeno hubiera sido, que un hombre coronado con la mas espléndida gloria, como Libertador de un gran pueblo, que habia unido su nombre al de la independenciam de su patria, y que por su alta posicion en la gerarquía social, no ménos que por sus conexiones antiguas, debia tener muchos adictos, hubiese llegado á quedar enteramente solo, aun en los momentos críticos que iniciaban el periodo de su decadencia. Sin embargo, estos partidarios, que eran muchos, tuvieron que reducirse á una simple personalidad, mientras los adversarios de Iturbide contaban á su favor con la fuerza intrínseca de las cosas: los republicanos defendian una idea; los defensores del plan de Iguala y tratados de Córdoba patrocinaban un gran proyecto, y los coloniales estaban adictos á la cadena de una inmensa tradicion. Era consiguiente á este diverso carácter político de los amigos y enemigos del Emperador que éstos tuviesen una especie de perpetuidad por el influjo permanente de las cosas, y aquellos, que no podian contar sino solo con una existencia precaria, hubiesen de refundirse, al desaparecer su héroe de la escena de la vida, en los nuevos partidos que se organizasen en el país.

A la luz de estas reflexiones, ya podemos ver cuál fué la organizacion de los partidos políticos en México cuando, con la caída de Iturbide y el trono, hubo desaparecido la causa de la union momentánea de sus enemigos y de la accion decidida de sus parciales. Por lei de revolucion no debió haber ya en el terreno político, á lo ménos ostensiblemente, adictos á las instituciones monárquicas. Con la caída del trono habia desaparecido del teatro la monarquía, cediendo el campo á la república: circunstancia que trajo consigo para todos una doble necesidad: la de reconocer en comun el principio republicano, y la de luchar por cuestiones de forma dentro del gran círculo que trazaba este principio. Todos aceptaron, pues, la república; pero, llamando á sus diversas formas la aplicacion de sus antiguas ideas, era natural que los borbonistas y coloniales buscasen lo mas análogo á la monarquía y al antiguo régimen, y los otros se decidieran por el mas pleno desarrollo de la forma democrática. Dividiéronse, pues, entónces en *centralistas* y *federalistas*, quedando alojados en la primera categoría los adictos á la forma monárquica y á la dominacion española, y colocados en la segunda los verdaderos demócratas. Si los iturbidistas hubiesen querido mostrarse mas empeñados por la idea que comprometidos por la persona de su cáudillo, natural era que engrosasen las filas de los primeros, pues la derrota política la habia sufrido el Emperador y no el Héroe; y éste, por otra parte, se habia mostrado constantemente decidido por la forma central. Mas la lógica de las pasiones es diversa: circunstancia que dió márgen á un primer extravío, pues en odio de los borbonistas y masones, que mas parte habian tenido en la caída de Iturbide, volaron á inscribirse bajo la bandera del mas exaltado republicanism, y se unieron por tanto al partido federalista.

Era sin duda un crimen esta decision tan contraria al convencimiento, y como raras veces un crimen queda sin castigo, los iturbidistas, perdiendo á su héroe por la virtualidad misma de la bandera que tan decidida como hipócritamente habian sostenido, sufrieron el golpe mas terrible, pudiendo decirse de ellos á la letra que, "en el pecado llevaron la penitencia." Nadie ignora que la muerte de Iturbide fué decidida, y de un modo tan irregular como atroz, por el Congreso de un *Estado soberano*; pues aunque preexistia un decreto general que hubiera podido servir de apoyo á las pasiones contra las defensas mas legítimas, el hecho es, que lo que acaso no habria sucedido resolviéndose la cuestion en la Capital, se verificó en un Estado.

Despues de sacrificado el héroe, se tomó empeño, si no en envi-